

Gema Quintial

**NUNCA
ESTUVIMOS
ALLÍ**



MAEVA | NOIR

Comillas, Cantabria

Miércoles, 23 de agosto de 2017

CONTEMPLÓ CÓMO SE retorció de dolor, cómo suplicaba ayuda sin palabras. La sorpresa le inundaba la mirada. Reconocía que no le desagradaba la escena, a pesar de que resultaba grotesca. Incluso inclinó el cuerpo hacia atrás para poder admirar con mayor perspectiva el fruto de tantos años de paciencia, como si de una obra maestra se tratase.

Siempre había escuchado aquello de que el tiempo todo lo cura, incluso las experiencias más dolorosas. Existía otro símil que aseguraba que ese indulgente paso de los años cerraba todas las heridas. Pero no lo creía. No estaba para nada de acuerdo con aquellas afirmaciones. La humillación se pagaba con la venganza; la traición con la propia vida, si era preciso. Por fin había llegado la hora de saldar cuentas con el pasado y de que el orden del mundo, de su propio mundo, se restableciese.

Las dificultades para respirar habían sido las primeras en aparecer y él se había llevado las manos a la garganta en un gesto desesperado por tratar de entender qué ocurría. Después había comenzado a sudar y a revolverse. Trató de mirar hacia otro lado cuando llegaron los vómitos, pero no tuvo más remedio que acercarse a él para colocarle la bolsa transparente alrededor del cuello. Después le ató las muñecas, no tendría escapatoria.

Verlo allí indefenso, sacudiéndose y asfixiándose, no le producía compasión alguna. Ahora él era la víctima y experimentaría en primera persona, por fin, lo que se sentía cuando los pulmones son privados de oxígeno. El interior de la bolsa que le envolvía la cabeza se había cubierto de una fina película compuesta por gotas de saliva,

condensación y lágrimas. Él pugnaba desesperado por tratar de liberar las manos, pero su cuerpo se iba debilitando poco a poco y las sacudidas eran cada vez más leves.

El sufrimiento apenas duró unos instantes, menos de lo que había fantaseado en su imaginación. Y, sin embargo, sintió una satisfacción absoluta tras haber presenciado el proceso. Por fin se había hecho justicia.

1

Comillas

Lunes, 21 de agosto de 2017

LA ROPA SE le pegaba al cuerpo a medida que avanzaba en su paseo matutino hacia los acantilados, la ruta diaria después de dejar a Martina en la guardería. El verano estaba resultando de lo más bochornoso, tanto que empezaba a odiar aquella estación del año. Siempre deseaba que llegase lo antes posible para poder liberarse de las botas, el abrigo y toda aquella indumentaria invernal que aportaba un poco más de peso a su maltrecho cuerpo. Pero en tales circunstancias, en las que jadeaba como si no le llegase suficiente oxígeno a los pulmones, comenzaba a echar de menos el frescor habitual de las mañanas. El corsé ortopédico que le oprimía la espalda y las costillas no contribuía a desvanecer la sensación de ahogo; aquella era una de las secuelas que padecía desde el accidente.

Había ocurrido en una tarde cruda de invierno en la que el fuerte granizo, que caía a intervalos, se prolongó hasta bien entrada la noche. Carlos Haya se dirigía hacia su casa, un coqueto chalé situado a las afueras de Comillas, después de una jornada habitual de trabajo en la oficina de Correos de Torrelavega. La oscuridad ya había comenzado a engullirlo todo, y la amenaza que caía del cielo en forma de canicas blancas de hielo no contribuía a una conducción afable y segura.

Despertó en una habitación que no pudo reconocer en un primer momento, pero los tubos que lo rodeaban, el gotero con una bolsa transparente sobre la cabeza, la sensación de que tenía algo molesto en la garganta y el incesante pitido que informaba de que el corazón aún latía lo sacaron de la incertidumbre. A pesar de la dificultad para procesar lo que un doctor de barba poblada y gesto serio le explicaba, entendió que había permanecido dos días en coma, y que la movilidad de cintura para abajo se veía comprometida por un pinzamiento

en una de las vértebras. Su mujer le explicó más tarde que el coche se había salido de la calzada debido al granizo unos pocos kilómetros después de abandonar la autovía para tomar la carretera autonómica 135, y que había caído a un terraplén del que habían conseguido rescatarlo tras arduas tareas por parte del equipo de Emergencias.

De aquel suceso parecía haber transcurrido una eternidad, aunque sospechaba que su mente había expelido la mayor parte de los recuerdos dolorosos. El único signo que perduraba era ese molesto corsé que tendría que llevar de por vida, además de la pensión de invalidez permanente, cicatrices y la pérdida de su querido Renault 5 Copa, una joya heredada de su padre.

El paseo Manuel Noriega discurría en paralelo a un pequeño tramo de la carretera nacional que atravesaba Comillas por la zona de la costa. Coronaba en una rotonda con tres salidas, una de ellas conducía directamente hacia la playa. Le gustaba subir aquella cuesta a diario, sobre todo en los meses estivales, para toparse de bruces con la inmensidad del mar Cantábrico. Los rayos del sol eran aún de esa tonalidad cálida y envolvente que presagiaba la incidencia con la que caerían sin piedad apenas unas horas más tarde, y dejó vagar la mirada sobre las ondas marinas teñidas de un brillante color rosado. Todavía no se percibía movimiento dentro de las urbanizaciones de chalés ocupadas, en su mayor parte, por turistas.

Esa mañana de lunes no estaba resultando muy distinta de las demás; apenas algún vehículo y muy pocos madrugadores como él que paseaban en pareja o en solitario. Al alcanzar el punto más alto, donde solía detenerse a tomar aire, le llamó la atención un coche negro aparcado frente a los acantilados en una zona sin asfaltar. Conocía aquel Golf. El pequeño muñeco colgando del retrovisor interior y un rápido vistazo a la matrícula se lo confirmaron. Pertenecía a Emma, esa chica rubia y amable que trabajaba en el ayuntamiento.

La puerta del conductor estaba abierta y la radio sonaba a todo volumen. Abandonó la seguridad del asfalto para adentrarse en la franja de tierra mientras trataba de ignorar las molestias que aquel terreno irregular le provocaban en las lumbares, y avanzó hacia el vehículo para comprobar que no había nadie dentro. Tampoco vio restos de botellas o bolsas de comida rápida que pudiesen delatar alguna juerga nocturna. El interior estaba immaculado.

Escrutó los alrededores después de haber apagado la radio y cerró la puerta. La música no provenía de una emisora como había pensado en un primer momento, sino de un CD que escupió el aparato cuando Carlos accionó una pequeña tecla. El corsé continuaba incordiándolo mientras se esforzaba por no alarmarse sin motivo y volver a su caminata habitual. Sin embargo, algo le decía que aquello no presagiaba nada bueno.

A pesar de su minuciosidad, no encontró en el suelo nada fuera de lo común, salvo algunos envoltorios de caramelos o anillas de latas de refresco oxidadas.

Las zapatillas deportivas hacían crujir la hierba seca bajo su peso a medida que daba la vuelta para regresar a casa. Quizá se estuviese preocupando en exceso, pero aquello se le empezaba a antojar demasiado extraño, lo notaba en la boca del estómago, y no se sentía capaz de desatender a su corazonada.

—¡Emma! —gritó poniendo las manos alrededor de la boca para enfatizar el sonido—. ¡Emma! ¡Emma!

Nadie le devolvió la llamada. Solo percibió el sonido de su voz difuminándose hacia el mar.

¿Qué demonios hacía el coche de Emma Berger aparcado frente a ese acantilado? Y ¿dónde se encontraba ella?

Una idea le surgió como un rayo. Con el sudor recorriéndole la espalda, como si de un río se tratara, se fue acercando con dificultad hacia el abismo que se abría bajo la tierra. Sentía la brisa marina revolviéndole el pelo y el olor a sal a medida que llegaba al borde del afilado risco, y eso contribuyó a incrementar aquella sensación agobiante. Intentó obviar aquel hallazgo, pero antes debía comprobar sus sospechas.

Asomó la cabeza con mucho cuidado hasta ver cómo las olas rompían con fiereza ahí abajo, y le bastaron apenas dos segundos para comprender que era el momento de pedir ayuda.

—¡ALONSO! ¡COGE EL maldito teléfono!

El joven, haciendo caso omiso a la orden, fijó aún más la vista en la pantalla del ordenador. A veces simulaba un interés sorprendente por su trabajo. Todos sabían que fingía y Alonso podía sentir

la animadversión hacia él, no era tonto, pero si querían favores a todas horas con rapidez era el precio que tenían que pagar. Era la simbiosis ideal.

—¿Quieres coger el maldito teléfono de una puñetera vez? —Alguien asomó la cabeza por la puerta de la sala de reuniones. Al ver de quién se trataba no tuvo más remedio que ceder.

—Guardia Civil —anunció escueto con voz apática al auricular.

Cinco minutos más tarde se levantaba desgano hacia la sala en la que se encontraban sus compañeros y en la que solían comenzar todas las jornadas para distribuir las tareas. Lo normal hubiese sido informar al comandante Moreno, lo que hubiese agradecido de mil amores, pero este se encontraba en Madrid en unas jornadas de Seguridad Nacional, por lo que no le quedó más remedio que dirigirse hacia el mando al cargo, el teniente Bruno Marciel. La noticia recibida iba a revolucionar a todos aquella mañana de lunes.

Los encontró de pie, reunidos en torno a la mesa en la que habitualmente había café y dulces. Algunos disfrutaban de un desayuno tardío.

—Acaba de llamar un vecino del pueblo, un tal Carlos —anunció mientras repasaba el bloc de notas—. Sí, eso es, Carlos Haya. Un posible suicidio. En el paseo Manuel Noriega, frente al cementerio, en los acantilados. —Escrutó el gesto de sus compañeros—. Será mejor que os pongáis en marcha, chicos —dijo mirando a Elsa Posadas, la única mujer del grupo.

Nunca le había gustado la presencia de aquella fémina. ¿Por qué permitían la integración de mujeres en la Guardia Civil? Estaba más que acreditado que eran más perezosas y que se escudaban en sus tareas maternas para ausentarse del trabajo con frecuencia. A él, en cambio, un joven fuerte y musculoso, además de inteligente, lo habían relegado al puesto de recepcionista en un cubículo pequeño y maloliente rodeado de vidrios blindados que lo hacía sentirse como un mono en un zoo, en aquel edificio que acogía de forma provisional las dependencias de la comandancia de la Guardia Civil, después de que el complejo de edificios de Santander quedase arrasado por un incendio hacía poco más de un año. No auguraban una reconstrucción rápida debido a la falta de presupuestos y a causa de la crisis que azotaba el país.

Toda la comitiva se puso en marcha entre murmullos mientras dejaban en el fregadero las tazas de café a medio terminar y se afanaban en acabar los dulces. El primero en salir fue Alonso, orgulloso de haber dado la noticia y haber puesto a aquella pandilla de vagos a trabajar. Se dio una palmadita en el abdomen terso y firme para comprobar que aquella grasa que había empezado a instalarse en las barrigas de sus compañeros jamás lo haría en su anatomía.

—¡En marcha! Elsa, tú vendrás conmigo. Max, Primi, nos vemos allí —ordenó el teniente Bruno Marciel a medida que los cuatro se encaminaban hacia el exterior.

Mientras, Alonso volvió a su puesto de recepción. No le pasó desapercibida la mirada airosa que su superior le dedicó antes de salir por la puerta principal. No era ningún secreto para él que, desde lo ocurrido el verano anterior, no gozara de buena reputación entre los demás agentes de la comandancia.

Vio que todos atravesaban el incipiente bochorno de la mañana. Se encontraban en plena ola de calor, y Alonso pensó que no estaría mal quedarse allí bajo el fresco del aire acondicionado.

EDUARDO REVERTE DORMITABA en el sofá cuando algo interrumpió el agradable estado de duermevela. Se trataba del silbido de la tetera que había dejado al fuego hacía unos minutos. Enseguida se arrepintió de haberlo hecho, pues había interrumpido sus ensoñaciones de una forma brusca. Había soñado una vez más con ella, con su olor y su piel.

Desde el momento en que la había visto entrar por la puerta del estudio una mañana veraniega de tormenta, hacía casi dos años, sintió que las rodillas le flaqueaban al encontrarse con aquellos ojos claros. Había entrado empapada, con el paraguas destrozado y sonriendo por lo embarazoso de la situación.

Recordaba a la perfección como las gotas de agua le resbalaban por el pelo rubio, y que la gabardina parecía de dos azules distintos debido a la humedad. A sus pies, calzados con unas cómodas sandalias blancas, se iba formando un pequeño charco que ella miraba sin saber qué hacer: disculparse o pedir ayuda a gritos. Pero no transmitía

desesperación; los gestos y su manera de actuar le otorgaban una serenidad absoluta.

Eduardo era metódico, clásico, de costumbres y horarios fijos. Por eso se sorprendió al despertar de aquella insólita siesta matutina. Solo se había sentado a repasar las notas del discurso que pronunciaría el próximo fin de semana mientras se calentaba el agua, pero el cansancio había hecho mella en él desde hacía varias semanas y, además, padecía de insomnio.

Se dirigió a la cocina con gesto cansado, donde se sirvió el humeante líquido rojo. Después volvió sobre sus pasos, dispuesto a terminar la tarea. El reloj sobre la chimenea marcaba casi las nueve. Miró por la ventana hacia la playa y sintió la fuerte necesidad de un baño helado que lo despejase. Pero eso tendría que esperar.

Eduardo era una auténtica rareza en lo que a la población masculina se refería. Aparentaba ser un lobo solitario, un hombre introvertido y amante de lo artístico que solo se prodigaba en actos sociales puntuales siempre relacionados con el trabajo y, por supuesto, en las aulas en las que impartía clases. Era muy difícil verlo realizar tareas cotidianas como ir de compras, hablar con los vecinos o tomarse un café en el pueblo rodeado de amigos. No se consideraba antipático; simplemente le costaba entablar una conversación basada en aspectos impersonales.

Pero había más. Mucho más. Su interior era un agujero infinito en el que siempre se daba una lucha constante entre la rectitud y el dejarse llevar, y la introversión frente al anhelo por socializar. Pese a la tranquilidad y seguridad que emanaba por todos los poros de la piel, en su cerebro siempre fluía un bullicio de ideas opuestas entre sí.

Resolvió dejar la mente vacía para poder concentrarse en el pequeño discurso, aunque aquello le resultaba sencillo. Los dedos volaban sobre el teclado del ordenador mientras los rayos del sol comenzaban a bañar el gran ventanal, por el que apenas entraba aire. Le surgían todo tipo de dudas acerca del evento: ¿tendrían éxito sus obras?, ¿cumpliría con las expectativas? Acudirían ciertos personajes selectos, y se le pasó por la cabeza la idea de invitarlos a su casa para mostrar la forma en la que trabajaba en el taller. Podría incluso invitar a algún periodista para que le hiciera un reportaje, pues sabía que la exposición estaría cubierta por la prensa.

Pero, al final, siempre se arrepentía y todo quedaba en agua de borrajas. No se atrevía a que ese pequeño muro que lo protegía del mundo exterior se empezase a resquebrajar. No soportaba la idea de que gente extraña pudiese profanar su hogar o su intimidad. Lo que la gente leería en los periódicos del domingo sería una reseña, con suerte un artículo, sobre el éxito de la exposición y sus obras; no dejaría que nadie traspasase esa barrera.

BRUNO APARCÓ JUNTO al vehículo en el que habían ido Primi y Max después de haber abandonado la carretera mientras ascendía sobre el afilado bordillo de la acera para peatones. El viejo Volvo del Cuerpo se tambaleó cuando empezó a rodar por el firme de hierba hasta detenerse, y Bruno comenzó a tragar saliva al sentir aquel acantilado tan cerca. El vértigo era su mayor flaqueza.

Enfrentarse una vez más al bochorno pegajoso que parecía haberse instalado en la comarca durante aquel mes de agosto le provocaba una sensación de abatimiento total. Durante las últimas semanas había dormido tan poco que cualquier esfuerzo se le antojaba imposible de realizar, pero no tenía elección.

—Ese hombre debe de ser el que nos ha dado el aviso —apuntó Max.

Todos miraron hacia el lugar al que señalaba y vieron a un hombre de pie junto a un coche negro. Estaba pálido y se frotaba las manos de forma compulsiva.

Los cuatro agentes avanzaron hacia él y Bruno sintió un escalofrío al recordar el suceso ocurrido justo al otro lado de la carretera, en el cementerio, el invierno pasado. Un joven del pueblo y enfermo de esquizofrenia se había ahorcado al sujetar una cuerda al gran ángel de piedra que presidía la puerta; un espectáculo grotesco y demolidor. Una mano sobre el brazo lo sobresaltó.

—¿Teniente? —lo alentó Elsa con un suave carraspeo.

Habían llegado a la altura de aquel hombre nervioso y los demás esperaban a que su superior comenzase con las presentaciones y las preguntas. Mientras, Bruno respiraba hondo para tratar de eludir la presencia del abismo que se abría a su lado.

—Buenos días, caballero. Soy el teniente Bruno Marciel, y ellos son el subteniente Primitivo Salas, el sargento Max Llanos y la cabo Elsa Posadas. —El testigo hizo un leve gesto con la boca que solo Primi pudo apreciar. A sus casi sesenta años ya conocía el efecto que causaba en los demás oír su nombre—. Es usted Carlos Haya, ¿verdad? Nos dio el aviso hace unos minutos.

—Sí, así es... Yo... Hay algo ahí abajo... —El hombre se esforzaba por hablar, pero los nervios le jugaban una mala pasada—. Yo estaba... Creo que... —Señalaba al coche y al acantilado una y otra vez, y el equipo se hizo una idea de lo que trataba de explicar.

Max reparó en que ese tembloroso hombre era el mismo que había sufrido aquel grave accidente varios años atrás; él mismo había estado presente mientras se realizaban las tareas de rescate cuando no era más que un novato. Recordaba la angustia que había sentido al ver el amasijo de hierros en aquella cuneta. Le pareció un milagro que hubiese sobrevivido.

—Tranquilo, cálmese. Nosotros nos ocuparemos de ello. Por el momento, permanezca alejado del borde. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita asistencia médica? —preguntó Bruno consciente del sudor frío que le perlaba la frente.

—No, no... Estoy bien, solo un poco preocupado y nervioso...

A pesar de tal afirmación, Elsa le asió con suavidad el antebrazo para apartarlo del lugar. A su espalda, el tráfico comenzaba a ser más denso, y no ayudaba que muchos conductores redujesen la velocidad para contemplar la situación.

—¿Este coche no pertenece a Emma, la chica del ayuntamiento? —susurró Max. Bruno y Primi asintieron un tanto ausentes. Era difícil no conocerse en un pueblo tan pequeño, aunque fuese solo de vista.

A pesar del pánico que le tenía a las alturas, fue Bruno el primero en acercarse al acantilado para comprobar qué le había producido al hombre aquella inquietud. Se aproximó muy despacio, inspirando y espirando con ritmos acompasados para controlar el temblor de las piernas, tal como el psicólogo le había aconsejado, y sintió cierto orgullo al ser capaz de disimular su fobia una vez más. Comprendió de inmediato que, efectivamente, allí abajo había un bulto sobre las rocas, que aparecía y desaparecía a medida que las olas llegaban y se retiraban.

—¡Venid aquí! ¡El testigo tiene razón! ¡Allí abajo hay algo! —exclamó Bruno cerrando al máximo los ojos para poder distinguir qué era aquello.

—Pero ¿qué coño es? —preguntó impaciente Primi.

—Yo tampoco consigo distinguirlo, ¡joder! —se lamentó Max.

—¡Llamaré a Servicios Marítimos ahora mismo! —Bruno sacó el móvil tan deprisa del bolsillo del pantalón que casi se le escurrió entre los dedos—. Es imposible intentar bajar por nuestros propios medios.

—¿Creéis que podría tratarse de la chica? —Primi se desgañitó mientras intentaba enfocar aquel punto negro sobre las rocas.

—¿Cómo lo voy a saber? —contestó Bruno un tanto irritado.

Bajo su punto de vista, Primi era un buen agente, aunque carente de brío a la hora de realizar ciertas tareas y tendente a meter la pata en las situaciones menos adecuadas. Su larga experiencia era muy valiosa y Bruno sospechaba que aquello era la razón de su desidia.

Solo tuvo que esperar un tono, pero, en esas circunstancias en las que el tiempo es un factor crucial, la espera siempre se le antojaba eterna. Además, el coche abandonado con las llaves puestas no le daba buena espina y tenía la sensación de que por las mentes de los demás también cruzaba aquella idea, aunque ninguno la materializase con palabras.

—Esto no me gusta nada... No tiene buena pinta —expresó Max y chasqueó la lengua.

—Ya vienen hacia aquí, nos mandan una patrullera desde Santander. ¡Espero que no tarden demasiado! ¡Ojalá pudiésemos bajar nosotros! —dijo Bruno. Pero le recorrió un escalofrío por la espalda, a pesar del bochorno, al imaginarse descendiendo aquella pared rocosa. Se alejó del borde por instinto.

—Sería una locura, jefe. Tendremos que esperar —confirmó Primi. Era una información obvia, pero notaba a Bruno demasiado alterado.

—Llama a la central y que verifiquen la identidad del propietario del coche —ordenó Bruno. No podían hacer otra cosa más que esperar, pero sí debían avanzar con los elementos que se encontraban a su alrededor, así que tomó las riendas de nuevo—. Haremos algunas preguntas a Carlos Haya. Max, ve junto a Elsa y tomadle declaración.

Yo pediré refuerzos para que controlen el tráfico en la zona, se está formando una buena caravana —resopló resignado ante la curiosidad de los conductores.

Max asintió y puso rumbo hacia el hombre pálido mientras sacaba una pequeña libreta del bolsillo. De pronto, echó a correr cuando vio que Carlos Haya se desplomaba en el suelo y que Elsa a duras penas podía sostenerlo.

—¡Señor Haya! —gritó Elsa arrodillándose a su lado. La palidez del rostro aumentaba por momentos y la piel se veía empapada en sudor—. ¡Llama a una ambulancia, Max! —Aunque la orden fue innecesaria, pues este ya había marcado las teclas para avisar al 112.

Enseguida llegaron los compañeros de Tráfico, quienes intentaban regular una pesada circulación ansiosa por alcanzar la playa. El sonido de la decepción de los conductores, traducido en largos toques de claxon y en algún que otro grito de frustración, se mezcló con el estruendo de la sirena de la ambulancia, que apareció apenas unos minutos después. Bruno avanzó tambaleándose hasta situarse junto al hombre que yacía en el suelo bajo la atenta custodia de los cuatro agentes.

—Jefe, confirmado, el vehículo pertenece a Emma Berger —aseguró Primi, que aún pulsaba en la pantalla táctil del móvil el símbolo rojo para cortar la llamada. Tuvo que gritar un poco para hacerse oír, ya que la sirena del vehículo todavía funcionaba a pleno rendimiento.

—Bien. ¿Te han dado los datos de contacto? ¿Algún número de teléfono? —le preguntó Bruno secándose la frente. Observó que también el equipo parecía agobiado, a juzgar por el color encendido de las mejillas de sus compañeros.

—Sí, tengo su teléfono. Me envían también el informe completo por correo electrónico —contestó Primi dándose aire con la mano. Justo en ese momento sonó un *bip* procedente del móvil que anunciaba la entrada de un correo—. Aquí lo tenemos.

Se retiró un poco para efectuar la llamada y Bruno se concentró en el trabajo de las dos mujeres ataviadas con el uniforme amarillo estridente del servicio de emergencias. Se habían cubierto las manos con guantes de látex azules y ambas se arrodillaron junto al paciente mientras hacían las preguntas pertinentes de orientación, a las que Carlos Haya contestó sin errar una vez que recuperó la consciencia.

Una de ellas, la más alta y con un porte un tanto desaliñado, le tomó el pulso en la muñeca y le introdujo a continuación una banda gris en el brazo para tomarle la tensión. Tras asegurarse de que el paciente estaba estable, lo tumbaron en una camilla y lo trasladaron al vehículo.

Elsa se acercó e intercambió unas palabras con ellas.

—Nada, jefe, no hay respuesta, y no hay más números de contacto —informó Primi torciendo la boca hacia un lado—. Lo he intentado al menos cuatro veces.

—Gracias, Primi. Llama al ayuntamiento, a ver si está allí.

—También lo he hecho, pero para variar no cogen el teléfono. ¡Malditos funcionarios! —protestó obviando que él también pertenecía a aquel gremio de asalariados.

Bruno se sorprendió por su iniciativa. En términos generales, Primi no daba un paso de más a menos que fuese estrictamente necesario.

—¿A qué coño se dedica esa gente? —bufó enfadado. A él también le desquiciaban los constantes tonos de llamada, a la que nadie respondía—. Nos desplazaremos hasta allí, quizá se encuentre en su puesto de trabajo y esto sea solo un malentendido —elucubró Bruno maldiciendo para sí por haber olvidado las gafas de sol en el despacho; después tendría un dolor de cabeza de órdago.

Se habían vuelto a acercar hasta el acantilado —Bruno con ciertas reservas y a una distancia prudencial— para esperar a la patrullera. Max y Elsa se unieron a ellos después de que la ambulancia se hubiese marchado con el paciente.

—Carlos Haya está bien, solo ha sido una bajada de tensión por los nervios. Lo llevan al hospital por precaución, pero lo más probable es que le den el alta a primera hora de la tarde. Tenemos su dirección por si hay que hablar con él —anunció Elsa mientras sujetaba un mechón castaño y rizado que se le había soltado de la trenza.

—Bien, ocupaos Max y tú de ello. Quiero que le toméis declaración en cuanto regrese a casa, estará más tranquilo. ¡Ahí está! —exclamó Bruno señalando hacia el mar.

Una diminuta mancha verde y blanca se acercaba desde el este a toda velocidad. La embarcación Rodman se detuvo con movimientos oscilantes frente a la zona del hallazgo, y uno de los tripulantes saludó con un gesto a las cuatro figuras que miraban desde arriba. El

patrón redujo la velocidad y, con los motores al ralentí, maniobró lentamente para acercarse todo lo posible a las rocas. El móvil de Bruno sonó en ese momento.

—Teniente Bruno Marciel —respondió.

—¿Desde cuándo saludas a los amigos de esa manera tan formal?

Al otro lado de la línea se encontraba el sargento Gregorio Montes. Ambos habían coincidido en la academia, cuando no eran más que dos jóvenes llenos de ilusión por adentrarse en ese mundo a menudo tan hostil. Al asignarles destino se separaron sus caminos, aunque no así el contacto, que habían intentado mantener de una manera regular. El azar hizo que coincidieran de nuevo en aquella provincia unos años después; Marciel como teniente en la comandancia de Santander de la Sección de Investigación, mientras que Gregorio había cumplido con su propósito de llegar a formar parte del Servicio Marítimo. Bruno recordaba cómo su compañero de fatigas añoraba la costa de su pueblo gallego mientras se formaban en Aranjuez. Él, por su parte, había crecido en Madrid, y solo echaba de menos a su novia de aquel entonces.

—¡Goyo! —contestó pronunciando el diminutivo que su amigo permitía solo a los más allegados—. Siento haberte estropeado la mañana del lunes —bromeó al tiempo que saludaba con la mano. El sargento, que no era más que una mancha allí abajo, volvió a levantar la mano—. Nos han dado el aviso de que había algo en las rocas y no somos capaces de distinguir qué es. Tenemos motivos para pensar que puede tratarse de una persona. ¿Tenéis buen ángulo para maniobrar?

—¡Se lo está llevando la marea! —gritó Max de pronto. En efecto, el vaivén de las olas arrastró el bulto hacia el borde de la roca plana en la que había permanecido hasta ese momento, pero la marea comenzaba a engullirlo.

—¡Goyo, intentad rescatarlo lo antes posible! —gritó Bruno al auricular.

—¿Qué demonios crees que estamos haciendo? —respondió el sargento, aunque no parecía enfadado por la orden tan pueril de su amigo.

Un nuevo embate de las olas hizo que acabase flotando, ante la impotencia de los cuatro agentes que observaban la escena.

—¡No, no, no! ¡Se va a hundir! —Elsa se apretó las mejillas con los dedos presa del nerviosismo.

—¿Lo tenéis controlado? ¿Podéis acercaros más? Si se aproxima un poco más a las rocas o se hunde... —dijo Bruno, que no se despegaba del auricular mientras escuchaba las frases nerviosas y juramentos entre Goyo y los demás ocupantes de la embarcación. Su desánimo fue aumentando a medida que las órdenes de su amigo se volvían más tensas—. ¡Lo vais a perder, lo vais a perder!

OLIVIA APARCÓ EL coche en la entrada del garaje después de haber abierto la desvencijada portezuela de madera. Pensó que no le iría nada mal un lijado y una buena mano de pintura, y así aprovechar aquella ola de calor; seguro que se secaba muy rápido y la lluvia no echaría al traste su trabajo. Las bisagras crujieron; también tendría que comprar, además de la pintura, un bote de grasa.

Apagó el motor del coqueto aunque magullado Mini rojo, y las hojas más débiles que ya habían comenzado a caer de los árboles crujieron bajo los pies cuando se apeó. Arqueó la espalda apoyando las manos en la parte baja para tratar de mitigar el dolor sordo que había empezado a sentir dos horas después de salir de Madrid.

Olivia había decidido comenzar el viaje hacia Comillas, su pueblo natal, de madrugada. Le gustaba más la tranquilidad de la noche para conducir, eso le permitía pensar sin estar tan atenta al tráfico. Después de llenar el depósito en un área de servicio situada en el extrarradio de Madrid, solo se había detenido una única vez para desayunar en La Casa Azul, la cafetería situada en Unquera, a pie de la antigua carretera nacional, conocida por sus famosas corbatas de hojaldre. El local había conocido tiempos mejores, cuando la circulación aún no había sucumbido a la comodidad de la nueva autovía, pero a Olivia le había resultado siempre un lugar acogedor y entrañable. El resto del trayecto había sobrevivido gracias a sus inseparables Toblerone, por los que sentía auténtica adicción.

Sacó del bolso el llavero en el que colgaban todas las llaves pertenecientes a la vieja casa y buscó la que encajaba en la puerta. El *smiley* amarillo del manajo le devolvió la sonrisa. La fachada principal se veía cuidada bajo aquel blanco resplandeciente, y el azul de

los marcos que rodeaban las ventanas brillaba bajo el sol matutino. Sin duda, la capa de pintura que su hermano Max le había dado le proporcionaba un esplendor sin igual, aunque no ocultase del todo su deterioro.

Lo único que deslucía la imagen eran las altas hierbas del jardín, que se mostraba marchito y seco por la falta de lluvia. Las briznas le hacían cosquillas en los tobillos mientras se dirigía al camino de entrada, flanqueado por sendos parterres en los que su tía solía plantar flores de temporada cuando el trabajo se lo permitía. Dedujo con una media sonrisa, por los restos secos, que ese verano había estado bastante atareada.

Introdujo la llave mientras contenía la respiración. ¿Cuándo había sido la última vez que había estado allí? ¿Encontraría su antiguo hogar muy cambiado?

El olor a humedad la abofeteó de pleno y se apresuró a abrir la puerta de par en par para mitigarlo. El contraste que se produjo entre el bochorno del exterior con la frescura de la vivienda deshabitada le provocó un escalofrío. Dejó las llaves en el aparador del espacioso vestíbulo junto a las fotos familiares que, para su sorpresa, aún seguían ahí, tal y como recordaba. Todo estaba en penumbra, pero los pequeños resquicios de luz que las persianas dejaban traspasar permitían distinguir las motas de polvo, que flotaban en todas direcciones. Se apresuró a entrar en las dos únicas estancias de la planta inferior que contaban con ventanas, con la intención de abrirlas. A su derecha se encontraba la cocina y a la izquierda el salón, presidido por una gran chimenea.

Con la luz del día la casa parecía tener mucha más vida, y la tímida corriente que entraba desde el porche lograba que el olor a humedad se apaciguase para ser sustituido por el de la hierba seca y los frutales del jardín. La lámpara del vestíbulo comenzaba a balancearse sobre su cabeza, y vio que un jarrón de plástico, con flores del mismo material descoloridas por el paso del tiempo, se volcaba sobre la alfombra polvorienta. Lo recogió, entró a la cocina y lo tiró en el cubo de basura. Nunca le habían gustado las flores de plástico, le resultaban patéticas, sobre todo aquellas que simulaban tener gotas de agua sobre los pétalos.

Dirigió un vistazo rápido a las fotos de familia del aparador y sintió un pinchazo de melancolía al ver a sus padres tan jóvenes y felices. Tomó uno de los marcos y miró la imagen más de cerca. Sus padres, su hermano mellizo y ella. Debían de tener unos seis años en aquella foto, y ambos mostraban una dentadura sin varias piezas mientras sostenían cubos y palas de playa.

Una vez que la frescura y la claridad volaron dentro de la estancia inferior, cerró la puerta principal para proseguir la particular y conocida ruta hacia el piso superior, acompañada por el irritante goteo del grifo de la cocina. La oscuridad volvía a hacer acto de presencia a medida que subía los peldaños, y a punto estuvo de tropezar con la rueda delantera de la vieja bicicleta de su hermano. Lo maldijo entre dientes y se preguntó por qué demonios no la guardaba en el garaje, como hacía el resto del mundo. Hacía siglos que había abandonado su afición por el ciclismo, y la bici, que yacía apoyada sobre la pared junto al antiguo dormitorio, había corrido la misma suerte.

Se adentró en la habitación, donde reconoció todos y cada uno de los objetos a pesar de la penumbra; echó a un lado las cortinas y subió la persiana, que crujía peligrosamente. La luz solar inundó los rincones y Olivia sonrió satisfecha con las manos apoyadas en las caderas. Todo estaba tal y como lo recordaba; nadie había descolocado sus antiguas pertenencias. Incluso el escritorio mostraba el mismo orden con el que ella solía estudiar durante su época en el instituto. La media sonrisa desapareció al instante, cuando recordó que no había cerrado el coche. Bajó las escaleras como una exhalación y solo se calmó cuando comprobó que todo estaba en orden. En verano la población de Comillas aumentaba demasiado y no estaba de más extremar las precauciones, teniendo en cuenta que aún no había sacado las maletas del interior del Mini, además del bolso y la cara cámara fotográfica.

Cuando abrió la puerta del copiloto oyó el sonido del móvil, que descansaba en el soporte del salpicadero. Era Claudia.

—¡Te he llamado mil veces! ¿Por qué no respondías? ¡Estaba preocupada! —vociferó su amiga como una loca, aún con la voz somnolienta.

—Buenos días, Claudia. Yo también me alegro de oírte. —Era tan exasperante a veces—. Tranquila, acabo de llegar. Estaba aireando la casa.

—¡Menos mal! Empezaba a preocuparme —confesó Claudia, que rebajó el tono de voz. Parecía haberse dado cuenta de sus maneras bruscas—. Bueno, ¡cuéntame! ¿Qué tal el viaje? ¿Algún imprevisto?

—No, no, nada de eso. A decir verdad, ha sido una liberación llegar y respirar tanta calma. ¡Tienes que venir! ¡Esto te encantará!

Olivia trataba de resultar amable después de su marcha tan poco afectuosa. Había intentado hablar con ella de una forma relajada y coherente después de la discusión del día anterior, pero Claudia no era capaz de asumir la repentina marcha de su amiga y compañera de piso, y lo expresó encerrándose durante toda la tarde en su habitación. Finalmente, la gran amistad que había entre ellas superó al monumental enfado. Eso sí, con ciertas reservas; Olivia aún notaba la tirantez a través de la línea.

—Bueno, ya veremos. ¿Cómo lo llevas? Me refiero a la casa. Te habrá traído muchos recuerdos... —Claudia parecía avanzar en terreno fangoso. Sabía que la relación de Olivia con sus padres no había acabado demasiado bien, sobre todo con su padre.

—Es todo tan raro... Antes deseaba huir de todo esto y ahora... No sé, son sentimientos contradictorios. Debería haber vuelto mucho antes y arreglar las cosas... En fin, ¡ahora me toca la parte más emocionante! —dijo, esforzándose por animar un poco la voz, que se había teñido de cierto desánimo—. Me toca limpiar, sanear, arreglar... ¡Será todo un reto! Ya me conoces.

Al otro lado del hilo telefónico se oyó una risita que confirmaba sus torpes maneras respecto al bricolaje.

Olivia apoyaba los codos sobre el candente techo del coche mientras hablaba por el móvil, que no dejaba de quejarse ante la falta de batería. Por el rabillo del ojo vio que las cortinas de una de las habitaciones de la planta superior de la casa vecina, situada al otro lado de la calzada, se movían levemente, y supo quién se escondía detrás. Su sempiterna vecina Elo jamás perdía ripio en lo que a asuntos ajenos se refería. Se estaría dando un festín con su regreso.

—Oye, Claudia, tengo que dejarte. Este chisme me pide recarga y tengo que empezar a pensar cómo organizar todo este desastre...

—Ya, no te envidio, desde luego. Si al menos hubieses llamado a tu tía con antelación para que te ayudase... Pero es que lo hiciste todo tan rápido...

Otra vez volvía a notar el resquemor en la voz de su amiga. Reconocía que había sido demasiado repentino dejar el trabajo en la redacción casi de un día para otro. Sin embargo, ella era una persona adulta que podía tomar sus propias decisiones sin el beneplácito de nadie, no tenía que sentirse culpable por haber abandonado a su compañera de piso.

—Te llamo en cuanto pueda, lo prometo. Cuídate y no me eches mucho de menos, anda... Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Olivia cortó la comunicación con un suspiro de alivio. No tenía fuerzas ni ganas de aguantar otra vez la misma perorata.

Volvió a mirar hacia la casa de su vecina, pero no pudo distinguir ningún movimiento sospechoso más tras las cortinas. Suponía que Elo seguía mirando desde otro lugar, de eso no le cabía la menor duda. Había mejorado con los años, según su tía, en el arte del espionaje casero, y apenas se notaba su presencia.

—¿ESTÁS PENSANDO LO mismo que yo, jefe? —preguntó Primi mirando de reojo a Bruno Marciel, quien conducía concentrado en sus propias cavilaciones.

—Si te refieres a que esto pinta mal, sí, estoy pensando en ello —contestó un tanto apático.

No habían intercambiado palabra alguna durante el trayecto hacia el ayuntamiento y, ahora que el semáforo del centro parecía obstinado en no cambiar a verde, se había formado un silencio incómodo amenizado tan solo por el suave ronroneo del climatizador.

Bruno se masajeaba la cabeza con la mano que tenía libre para intentar mitigar el dolor palpitante que sentía en la parte izquierda. Convivía con aquellas molestas migrañas desde principios de verano, cuando los cimientos de su vida sentimental habían comenzado a tambalearse. Se sentía exhausto y carente de energía. Además, la tensión por haber estado tan cerca de aquel precipicio no había ayudado en absoluto.

—¡Por fin! —exclamó aliviado cuando el semáforo cambió a verde.

—Espero que podamos hablar con Emma. Todo esto es muy raro —musitó Primi para sí mismo. Notaba a su superior tenso y poco

comunicativo, y no quería irritarlo aún más. A decir verdad, él mismo se sentía también agobiado y acalorado.

Ambos habían esperado impacientes en el pequeño puerto a que la patrullera atracase con el hallazgo rescatado del mar. Habían estado a punto de perderlo cuando el cambio de marea había provocado una pequeña resaca en aquella zona rocosa. Gracias a la pericia del patrón, y tras unos minutos de tensión en los que la embarcación se había acercado peligrosamente a las afiladas piedras de la costa, vieron, por fin, que uno de los agentes a bordo lo rescataba mediante una caña metálica extensible.

—¡Lo tenemos! —había exclamado Gregorio Montes a través del teléfono. Bruno soltó parte del aire que había retenido hasta ese momento e hizo el gesto de victoria a sus subordinados con el pulgar hacia arriba—. ¡Nos vemos en el puerto!

Ni siquiera le había dado tiempo a preguntar de qué se trataba, pues Goyo colgó de forma apresurada. Así que, sin perder ni un segundo, ordenó a Max y Elsa que permaneciesen junto al vehículo abandonado mientras él y Primi acudían al puerto.

Su presencia, y también la de la embarcación, habían causado cierta curiosidad entre los turistas que disfrutaban de una mañana marinera mientras recorrían el breve espigón de piedra y los que aprovechaban para tomar un aperitivo en las terrazas de los bares. La dársena era pequeña, apenas unas pocas lanchas de recreo y otras pocas de pesca constituían toda la flota, pero era lo bastante amplia como para permitir la entrada del Rodman.

Bruno vio a Gregorio en la proa, con una pose estirada y manteniendo un perfecto equilibrio a pesar del vaivén. Apenas esbozó una sonrisa cuando lo divisó, pero sí que saludó con una mano.

—Amigo, me alegro de verte, aunque sea en horario de trabajo —dijo dejándose ayudar por Bruno para subir a tierra, después de que varios tripulantes hubiesen amarrado con gruesas cuerdas la lancha a los noráis. El sargento era un hombre ágil, de frente despejada y ojos pequeños que irradiaban vitalidad.

—¿Me vas a decir qué habéis encontrado? ¡Siempre haciéndote de rogar! —protestó Bruno ante la leve sonrisa de Gregorio. Era un rasgo que no soportaba en su amigo, esa paciencia y calma infinitas, incluso ante situaciones como aquella.

—¡García! ¡Acérqueme la bolsa! —ordenó a un joven rubio que todavía permanecía a bordo.

El muchacho entró en la cabina y salió con una bolsa de plástico transparente de las que se usaban para conservar pruebas. Gregorio se agachó para alcanzarla y se la entregó a Bruno, que con un gesto interrogativo se esforzaba por dilucidar de qué se trataba.

—¿Una chaqueta? —preguntó un tanto desconcertado—. ¿Esto era lo que había sobre las rocas?

—¿Qué te crees, que tengo tiempo para bromas? —le contestó Gregorio con su humor peculiar—. ¡Pues claro que es lo que hemos rescatado! Pero mírala bien.

Bruno le dio varias vueltas entre las manos y comprobó que era una simple chaqueta vaquera femenina azul oscuro, a juzgar por el tamaño. Ya iba a replicar cuando vio la extensa mancha en la zona posterior de la prenda.

—¡Joder! ¡Esto parece sangre! —exclamó sorprendido—. ¡Hay que avisar al SECRIM!

—Ya lo he hecho, he llamado mientras veníamos hacia el puerto. A ver si te piensas que los demás no sabemos hacer nuestro trabajo, Brunito. —Pero Bruno apenas reparó en el tono irónico de su compañero.

—Hemos encontrado un vehículo abandonado en el acantilado, Goyo. La central nos ha confirmado la identidad de la propietaria y estamos intentando localizarla. Es una empleada del ayuntamiento. No sé, no me gusta cómo pinta la situación. Si sumamos dos y dos...

—No saques conclusiones precipitadas, hombre. Ve paso a paso. ¿Quién sabe si la chica no está por ahí durmiendo la mona? Un fin de semana a lo grande lo tiene cualquiera —le dijo guiñándole un ojo—, ¿o ya no recuerdas que una vez fuimos jóvenes?

Quizá su amigo tuviese razón, aún tenían que acudir al trabajo de Emma, y lo más probable era que la encontrasen allí. Pero ¿por qué iba a abandonar su propio vehículo en aquel lugar? ¿Y si lo habían robado y abandonado ahí? En la central no constaba ninguna denuncia.

El móvil de Bruno interrumpió la conversación, y él contestó de manera apresurada.

—Jefe, ¿sabéis ya algo? ¿Qué es lo que han rescatado de las rocas? —preguntó un Max ávido de noticias.

—Luego os lo explicaré, solo os puedo decir que no es un cadáver. No os separéis del vehículo hasta que localicemos a Emma. Puede que tenga que enviar a los técnicos del SECRIM.

Bruno colgó sin miramientos y se dirigió al subteniente, que había permanecido en un discreto segundo plano mientras los amigos hablaban:

—Primi, nos vamos. Goyo, tú espera a los técnicos aquí. Si la chica no aparece, los mandaré al lugar donde hemos hallado el coche.

Un trayecto de diez minutos se había convertido en una pequeña odisea que ya duraba más de veinte. El pueblo estaba atascado por la afluencia de turistas con sus coches repletos de trastos de playa. Bruno agradeció el silencio sepulcral en el que su subordinado se había mantenido hasta llegar al semáforo del centro, pues a él se le estaba agriando el carácter con el laborioso trayecto.

Era habitual en él comportarse como un ciudadano ejemplar, sin abusar de su cargo, pero esa mañana Bruno no había dudado en ocupar el espacio pintado en azul reservado para vehículos de emergencia.

La pequeña plaza de Joaquín Piélago, donde se encontraba el ayuntamiento, rebosaba movimiento por doquier y apenas se podía transitar por las calles estrechas que la rodeaban. Turistas torpes y furgonetas de reparto se encargaban de torpedear una trayectoria fluida.

A Bruno siempre le había gustado aquella plaza. Hacía cuatro años que se había trasladado a Santander, y se había quedado prendado de ese pueblo y de aquel rincón en particular, e intentaba visitarlo con su familia tantas veces como podía. Le encantaba sentarse en uno de sus bancos a escuchar de fondo el agradable rumor del agua de la fuente de los Tres Caños, mientras admiraba las casas de piedra de estilo montañés. Sus balcones de madera lucían adornados por flores de distintos colores: geranios, petunias o begonias. Todos parecían competir en belleza y color, al tiempo que los distintos escudos de piedra otorgaban a aquellas construcciones cierto aire señorial. Las plantas bajas acogían distintos establecimientos comerciales, como una farmacia, una heladería o una tienda de lotería y apuestas.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlos? —Una chica joven se enderezó en cuanto se acercaron al mostrador de información del ayuntamiento y se echó el pelo hacia atrás. Llevaba demasiada bisutería en las manos.

—Buenos días... —Bruno trató de leer su nombre en la tarjeta identificativa que colgaba de la camisa—. Buenos días, Sonia. Soy el teniente Bruno Marciel, y él es el subteniente Primitivo Salas, de la Guardia Civil. Nos gustaría hablar con Emma Berger.

En ocasiones, Bruno echaba de menos llevar el uniforme verde, la mejor carta de presentación. Desde que ostentaba el cargo de teniente se le permitía prescindir de él, aunque no podía evitar la irritación que le provocaban los gestos de desconfianza cuando se presentaba sin más credenciales que sus propias palabras, a las que tenía que acompañar de la placa cuando estas no eran suficientes.

—¿Con Emma? —preguntó escéptica la joven al levantarse de la silla giratoria. Parecía intranquila y su rostro mostró un gesto preocupado—. Verán, Emma no ha venido a trabajar, y es algo muy raro. Siempre avisa cuando se retrasa o está enferma. Llevamos toda la mañana tratando de dar con ella. Pero ¿ha pasado algo?

—Quédese tranquila, señorita. Solo estamos intentando comprobar su paradero para hablar sobre un asunto referente a su vehículo —explicó Bruno, aunque ese nuevo dato aumentaba su inquietud.

—¿Sobre su coche? ¿Seguro que todo está bien? A lo mejor su madre sabe algo, Emma vive con ella. No tienen número fijo, por eso no hemos podido localizarla en su casa. Ahora mismo no sé su dirección, pero puedo... —La joven hablaba deprisa, como si quisiera que ambos agentes se moviesen de una vez y empezasen a buscar a su compañera.

—No se preocupe, no será necesario. Entonces, ¿no se ha puesto en contacto con nadie del edificio?

—No. Emma trabaja con otros dos compañeros en el piso superior y tampoco saben nada. A ellos también les resulta extraño, ya les digo que es muy inusual en ella. El viernes sí vino a trabajar y no mencionó nada de que fuese a ausentarse hoy. —La recepcionista se mordió el labio y se encogió de hombros.

—Está bien, gracias por todo. Lo intentaremos en su casa. Que tenga buen día —concluyó Bruno sin esperar a que la joven formulase más preguntas.

El bochorno los envolvió de nuevo cuando salieron al exterior. Bruno casi echó a correr hacia el coche para accionar cuanto antes el climatizador.

—Busca la dirección de Emma en el informe —ordenó a Primi en cuanto se introdujo en el abrasador habitáculo.

—No hace falta, la conozco —contestó. Alguna ventaja tenía que tener por trabajar en su propio pueblo. Ningún habitante le era desconocido.

El móvil de Bruno empezó a emitir el estridente sonido del tema *Welcome to the Jungle*, de Guns N' Roses, cuando giró la llave en el contacto. Sabía que no era muy profesional que el móvil de un teniente de la Guardia Civil sonase de aquella manera, pero nada le parecía más apropiado para recibir, en el noventa por ciento de las veces, malas noticias. Reconoció el número enseguida.

—Goyo, dime —contestó escueto mientras maniobraba para incorporarse a la carretera general.

—Los del SECRIM quieren hablar contigo, ya sabes, burocracia y firmas y todo ese tinglado. ¿Te queda mucho? Nosotros tenemos que volver a Santander —anunció la voz grave de Gregorio Montes desde el manos libres. De fondo se escuchaba el sonido ronco de los motores de la lancha, lo que corroboraba la veracidad de la afirmación.

—¡Joder! ¿Ahora? ¿No pueden esperar diez minutos? Justo ahora íbamos a... —Bruno se frotó la frente hasta casi hacerse daño. Poco importaban las explicaciones, tenían que regresar al puerto y punto—. De acuerdo, vamos para allá. Pero la chica no está en su trabajo y... ¿Goyo?

Su amigo había colgado en el momento en que había escuchado lo que quería oír: que ya iban de camino. Bruno maldijo para sí mismo el pasotismo de su compañero y lo expresó dando un golpe al volante, ante la asombrada mirada de Primi. De nada iba a servir cabrearse porque las cosas no se diesen como él quería; debía ser racional y maximizar el tiempo. Así que buscó en la agenda otro número y pulsó el botón de llamada en el Parrot, un artilugio un tanto arcaico a su parecer; era la desventaja de conducir aquel viejo Volvo, que se negaba a cambiar por otro más moderno y con más comodidades tecnológicas de los que disponía la flota del Cuerpo.

—Max, quiero que vayáis al domicilio de Emma Berger. No está en el ayuntamiento y nadie sabe nada de ella. No ha avisado y esa no suele ser su manera de proceder, según nos han contado. Pero esperad hasta que lleguen los técnicos, ¿de acuerdo? —Pensó que, de esa forma,

podría matar dos pájaros de un tiro; mandaría a los técnicos a que examinasen el vehículo si tampoco la hallaban en su domicilio—. En fin, ya lo has oído, Primi, cambio de planes.

HANNAH BERGER PREPARABA café con la mirada fija en el móvil, que yacía en la encimera de granito. No podía evitar sentirse preocupada. Después de comprobar que su cama estaba hecha y que el coche no estaba en el garaje, como era habitual, comprendió que su hija tampoco había pasado esa noche en casa. Era algo bastante inaudito en ella. Emma siempre avisaba si se iba a retrasar o si iba a pasar la noche fuera. Volvió a comprobar la pantalla, no fuera que lo hubiese dejado sin sonido; ninguna llamada perdida ni ningún mensaje de texto.

La angustia se le había instalado en el estómago desde el sábado por la noche, cuando vio que Emma no había regresado. Había esperado despierta en la cama atenta a cualquier sonido, y al intentar conciliar el sueño trató de convencerse a sí misma de que no había nada que temer. Emma era adulta y no tenía por qué informar a cada segundo de lo que hacía.

El domingo sintió esa angustia crecer cuando tampoco regresó para comer. Volvió a llamarla un par de veces, temerosa de que la tildase de controladora, para toparse con la misma respuesta aséptica e impersonal del buzón de voz. Si la noche anterior no había podido conciliar el sueño, la madrugada del lunes fue la peor de toda su vida. En más de tres ocasiones había descolgado el teléfono con la intención de denunciar su desaparición, pero le parecía, a la vez que lo más sensato, demasiado desmedido. ¿Y si aparecía en ese momento? El lunes debía acudir al trabajo, así que lo más lógico sería pensar que volvería.

«Ella y su amiga habrán perdido la noción del tiempo», pensó Hannah, tratando de convencerse a sí misma. Aunque no sabía a ciencia cierta si la excusa de salir con su nueva amiga era real. Era cierto que últimamente pasaba mucho más tiempo fuera de casa y salía todos los fines de semana; Emma había congeniado hacía poco tiempo con una chica nueva del pueblo. No se acordaba de su nombre. ¿Se lo habría dicho? Tal vez, no.

Su hija había accedido a vivir con ella a cambio de que no se entrometiese en su vida privada. Era parca en palabras a la hora de hablar sobre sus sentimientos, y desconocía todos los datos relativos a su vida amorosa, aunque parecía que, a sus treinta años, ninguna relación había cuajado como para que quisiera comprometerse.

El reloj de la cocina marcaba casi las once y media de aquel soleado lunes y, dado que sentía crecer el malestar y la preocupación ante la falta de noticias sobre su hija, decidió pasarse por su trabajo en cuanto hubiese terminado de desayunar. Había llamado al ayuntamiento a primera hora, pero la línea no dejaba de comunicar y cuando había tono, nadie contestaba. Una vez más se reprendió mentalmente por su falta de actuación. Debería haber hecho algo en cuanto supo que Emma no había pasado la noche del sábado en casa; su radar de peligro pocas veces se equivocaba, pero la tensa discusión que habían mantenido unos días atrás sobre la posibilidad de mudarse la disuadió de hacerlo. Pensó que quizá necesitase tiempo a solas; cualquier cosa antes de perderla.

Decidió dar una tregua a las preocupaciones con un aspaviento y volcó el delicioso café en la taza roja. Estaba bastante desgastada, pero era su favorita. El olor del café siempre la transportaba a las viejas y señoriales cafeterías de Múnich, el lugar en el que había crecido.

Era el primer día de las vacaciones de verano, así que aún llevaba el camisón bajo la bata. Hacía calor, pero no se acostumbraba a ir por la casa medio desnuda. Ella y su bata eran inseparables.

Miró por enésima vez a través de la ventana abierta y detuvo la vista en el manto de flores del jardín. El aroma que desprendían las begonias, gladiolos y violetas le provocaba siempre una evasión absoluta, aunque aquella mañana le resultaba imposible desviar los pensamientos a algo que no fuese el extraño comportamiento de Emma.

Limpio la taza y se dispuso a salir de la cocina para asearse cuando escuchó el motor de un coche. Ahí estaba, por fin. Tenía que confiar un poco más en ella, ya no era ninguna niña. Se dirigió a la entrada para recibirla y se prometió a sí misma no hacer preguntas ni reproches.

Se ajustó el cinturón del batín por enésima vez. Cuando abrió la puerta, no comprendió lo que veía. En lugar de Emma, distinguió a un hombre y a una mujer. Buscó con la mirada detrás de ellos y solo

pudo distinguir un coche blanco y verde con unas letras negras. ¿Era un coche de la Guardia Civil? No había reparado en los uniformes de aquellos dos jóvenes hasta que logró posar la mirada intranquila sobre ellos.

Un regusto amargo comenzó a subirle por la garganta. Podría haber vomitado sobre el vestíbulo si no fuera por lo tenso que sentía el cuerpo. Aquello solo podía significar una cosa: malas noticias.

Los dos agentes se acercaron hasta las escaleras del porche cabizbajos, como si quisieran retardar el momento de llegar hasta la puerta principal. Hannah se aferró al marco de la puerta y sintió frío a pesar del bochorno del exterior. Vio que la mujer, menuda y de una edad parecida a la de su hija, se acercaba en primer lugar y le estrechaba la mano.

—Buenos días, señora Berger. Soy la agente Elsa Posadas, y él es el sargento Max Llanos, de la Guardia Civil. Queremos hablar con Emma Berger. ¿Se encuentra en casa?

Hannah no articuló palabra. Abrió la puerta un poco más luchando por decir algo coherente, pero estaba bloqueada.

—Perdone, ¿se encuentra Emma Berger en casa? —volvió a formular la agente de pelo rizado.

—Verán... Mi hija no está... —consiguió articular a pesar de que la barbilla le empezaba a temblar—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué la buscan? ¡Oh, Dios, díganme que no ha pasado nada malo! ¿Dónde está mi hija?

Hannah ya no pudo evitar que un torrente de lágrimas le resbalase por las mejillas, presa de la tensión. Dentro de sus entrañas sabía que a su hija le había ocurrido algo. Pero ¿por qué no se había fiado de su instinto y lo había denunciado la primera noche? La pareja de agentes se acercó a ella para calmarla.

—¿No sabe nada de ella? ¿Desde cuándo no tiene contacto con Emma? Señora Berger, ¿podemos sentarnos y charlar? —Ahora era el joven quien hablaba. Se frotaba las manos sudorosas y miraba de reojo a su compañera. Estaba, sin duda, muy incómodo—. Por favor, siéntese —ordenó con suavidad después de haber tomado la iniciativa de pasar al salón.

Ella obedeció y se dejó caer en el sofá frente a ellos con la misma ligereza que una pluma. Sentía las piernas de goma. Quería instarlos

a que hablaran, pero notaba la boca seca como una lija y solo pudo suplicar con la mirada.

—Verá, esta mañana hemos recibido un aviso sobre un coche abandonado en el acantilado que se encuentra frente al cementerio.

—Elsa intentaba ser cauta con las palabras—. La central nos ha confirmado que el vehículo pertenece a su hija.

—¿Qué está ocurriendo?

Elsa miró con firmeza a Max con el propósito de transmitirle que ella continuaría con el diálogo. No quería mostrarse débil a pesar de su corta experiencia en el trabajo de campo.

—Aún no sabemos qué es lo que ha pasado. Verá —comenzó Elsa frotándose las manos—, hemos venido hasta su domicilio porque hemos intentado ponernos en contacto con ella por teléfono sin resultado. También hemos tratado de localizarla en su trabajo, pero sus compañeros nos han informado de que no ha acudido hoy, y de que tampoco ha avisado.

—¡Sabía que algo raro estaba sucediendo! *Ich wusste es und ich habe nichts gemacht!* —exclamó Hannah. Las lágrimas ya rodaban por las mejillas, que se tiñeron de un rojo intenso. Estaba agitada y no dejaba de mover su enorme y torpe anatomía sobre el sofá—. ¡Díganme algo ya!

—Señora Berger... Lo que le estamos diciendo es que no sabemos dónde está. Por eso estamos aquí, queremos saber si usted tiene noticias sobre ella o...

—¡No sé dónde está! ¡Yo no sé! *Ich weiss nicht!* —vociferó una vez más. Varias gotas de saliva le salieron disparadas de la boca.

—Necesitamos que se calme, por favor —expresó Max en un tono neutro. Ni él ni Elsa habían hecho ademán de acercarse a ella; ambos tenían la sensación de que Hannah no iba a tranquilizarse con un par de palmaditas en el hombro. Los gestos enérgicos y la mirada penetrante establecían una especie de barrera invisible entre ellos—. ¿Cuándo ha sido la última vez que la ha visto?

—Pues... —A pesar del estado de nerviosismo, se limpió las lágrimas de forma torpe y deslizó las palmas de las manos por la melena corta rojiza y descuidada. Después inspiró hondo—. El sábado por la mañana, creo que sobre las doce del mediodía.

Había conseguido serenarse algo, aunque su tono de voz parecía a punto de quebrarse en cualquier momento. Elsa había sacado una pequeña libreta del bolsillo del pantalón del uniforme y buscaba de vez en cuando la mirada de su compañero.

—¿Sabe adónde se dirigía? Quizá existan personas a las que podamos preguntar por su paradero —explicó Max mientras echaba una mirada rápida a su alrededor. La estancia era luminosa y los tonos claros de la madera de los muebles contrastaban con el rojo chillón del sofá.

—Sí, tenía una de sus clases de pintura... Asistía a un curso de verano en Suances, pero no sé más... —Hannah suspiró y se llevó la mano al pecho mientras trataba de regular la respiración. A pesar de su nacionalidad alemana había aprendido español sin apenas cometer errores y poseía un amplio vocabulario, aunque con un marcado acento alemán—. *Mein Gott!* ¡Ni siquiera sé la dirección!

—Está bien, está bien, cálmese —ordenó Elsa, y dejó la libreta sobre los muslos. Esa vez sí que se movió un poco del sitio y le puso la mano en el brazo tapado por la bata mientras pensaba que aquella prenda de felpa era, sin duda, excesiva para la temperatura que había—. ¿Sabe si falta algo? Me refiero a su ropa, enseres, ese tipo de cosas.

—¡No! ¡No lo sé! *Keine Idee...*

Hannah comenzó a llorar de nuevo y se envolvió el rostro con una mano. Ambos agentes notaban que el nerviosismo de la mujer aumentaba por momentos.

—¿Y amigos a los que podamos preguntar?

—No sé, no sé... ¡Dios mío!

—Señora Berger —pronunció Elsa con suavidad y un atisbo de media sonrisa—, ¿no puede ser que se encuentre en casa de algún conocido? ¿O de su pareja?

—Emma no tiene novio.

La mujer se levantó de forma torpe y se dirigió a un pequeño mueble junto a la ventana donde reposaba un jarrón con flores naturales. Abrió un cajón y sacó una agenda de cuero marrón. Hannah comenzó a pasar hojas de prisa; se detenía donde creía que podía obtener información, pero su ánimo fue empeorando cuando acabó de revisar las páginas sin ningún dato que pudiese ayudar.

—*Scheisse!* —se quejó.

Ni Elsa ni Max sabían una palabra de alemán, pero no necesitaban ninguna noción para entender la naturaleza de aquella palabra.

—La ayudaremos, no se preocupe —se ofreció enseguida Elsa, que acudió a su lado.

—¡Es que no encuentro nada! ¡Ni un número de algún amigo para llamar! ¡No conozco a ninguno! —Tiró la agenda al suelo de pura frustración mientras Elsa permanecía a su lado sin saber muy bien cómo actuar. Aquella mujer le sacaba al menos un palmo y era robusta como un roble. Su rostro estaba cubierto de pequeños capilares rojos.

—¿Este comportamiento suele ser habitual en ella?

Hannah negó varias veces con la cabeza mientras emitía un sonoro sollozo y apretaba los labios.

—Vuelva a sentarse, tiene que tratar de estar lo más tranquila posible, ¿de acuerdo?

Pero Hannah dejó de escuchar. Todos sus músculos se habían tensado, tanto que se sentía incapaz de introducir aire en los pulmones. No pudo emitir ningún sonido, ni llorar, ni gritar. No pudo porque poco a poco empezó a caer en una niebla de la que jamás habría querido salir.

—¡Max! ¡Rápido!

Fue lo único que se oyó en la sala antes de que la cabeza de la mujer golpease en el suelo.

—¿TE CREES QUE el dinero me importa? Pues escúchame, te lo digo alto y claro: ¡El dinero me importa una mierda! —No podía comprender que su agente se quisiera echar atrás por culpa de unos euros de menos. No después de tenerlo todo listo.

—¡Cálmate, Eduardo! A mí no me grites de esa manera porque no vas a solucionar nada con ello, ¿estamos? —David Forner trataba de prevenir el desastre que se veía venir a través de la línea telefónica.

Eduardo era un novato en el tema del arte, aunque era cierto que poseía una galería en la calle Castelar, una de las más caras y señoriales de Santander. Siempre se había dedicado al mundo de la enseñanza, impartía clases de Plástica a alumnos de institutos de Educación Secundaria y hacía siete años que trabajaba en el José María de Pereda,

en pleno centro santanderino, después de haber conseguido una plaza fija. Tanta era la pasión por su trabajo que había decidido alquilar aquel caro establecimiento para montar su propia galería. Se tuvo que poner al día en asuntos empresariales y se volvió loco para encontrar artistas que quisieran exponer allí sus obras. Cada tarde, a las cuatro en punto y sin apenas tiempo para comer, abría la puerta del negocio con el mismo entusiasmo de un niño el día de Reyes.

—Ahora ya no solo vendes el trabajo de los demás, ahora eres tú el artista. ¿Es que no lo entiendes? Yo trabajo como un loco para buscarte lo mejor, para que expongas tus propias obras en lugares en los que los demás ni siquiera se lo podrían plantear. —David hablaba atropelladamente e intentaba hacer entrar en razón a Eduardo—. Si quieres menospreciar tu propio talento, allá tú, pero no me hagas perder el tiempo.

Cuando a Eduardo le preguntaban cuál era el origen de sus inicios en la pintura siempre contestaba lo mismo: «pura diversión». Pero no podía engañarse a sí mismo. Había empezado a plasmar sus propios dibujos por otra razón que distaba mucho del afán monetario; pintaba porque necesitaba sentirse más cerca de ella, y porque precisamente había sido ella también quien había conseguido transmitirle el placer que se sentía al deslizar la brocha por el blanco papel, expectante y ávido de colores y formas.

—Esa es mi última palabra —afirmó al contemplar el exterior desde el mirador del salón—. Expondré el sábado a pesar de todo. No me importa que hayan decidido pagarnos menos en el último momento. —Como muestra de su seguridad, o de su rebeldía, dejó escapar todo el aire de sus pulmones.

—Muy bien, si es lo que quieres... No te haces valer lo suficiente. —David colgó con un «*chao*» cortante.

¿Qué más le daba a él lo que cuatro entendidos emperifollados pensarán de su trabajo? Si habían decidido que debían pagar menos por su breve trayectoria en el mundo artístico, pues adelante. Casi podía imaginarse a David en su caótico despacho con los pies, calzados por las sempiternas sandalias de fraile, apoyados sobre el escritorio, mesándose la melena presa de un ataque de histeria por aquella desconsideración.

La relación entre el artista y el mecenas había comenzado una tarde en su galería hacía casi dos años. David Forner había entrado a la hora de cerrar y Eduardo no se atrevió a replicar. Se dedicó a estudiarlo desde la parte de atrás del mostrador, donde ponía en orden facturas y documentos. Su aspecto le resultó peculiar, con aquella melenita despeinada de un negro intenso, casi azabache, y una perilla descuidada.

—Perdone... —El extraño visitante se había acercado un poco más al mostrador para tratar de descifrar el pequeño cartel con el nombre del dependiente—. Señor Reverte, ¿ese cuadro es de la misma colección que los demás? No encuentro la reseña —pronunció con un fuerte acento italiano.

—No, ciertamente no, señor...

—Forner, David Forner.

—Verá, señor Forner, ese cuadro no pertenece a ninguna colección en especial. No lo ha pintado ningún artista. Es simple decoración.

—¿De veras? —Se habían acercado a la imagen en cuestión y David adoptó una postura meditabunda con un gesto de escepticismo—. Pues es muy bueno, yo diría casi sublime.

—No pertenece a ningún autor en especial. —Eduardo se planchó el impoluto traje con las manos y sintió una oleada de orgullo—. No está en venta, lo siento.

—Es una pena... Realmente una pena... —David parecía estar en otra dimensión—. Pero algún autor tendrá, ¿no? ¿De dónde lo ha sacado? —Su insistencia hizo que Eduardo se replantease desvelar el verdadero origen.

Ambos hombres observaban aquella impresión de colores cálidos convertidos en el cuerpo de una bella mujer vista desde atrás. Paseaba por una playa soleada ataviada con un sencillo vestido de algodón blanco que dejaba adivinar ciertas partes de su anatomía. El viento le empujaba hacia atrás la melena rubia cubierta con un sombrero playero de paja y caminaba descalza mientras las olas parecían golpearle con suavidad los tobillos, como si los envolviera con mimo.

La playa estaba desierta, no se apreciaba ninguna figura humana más, de manera que todo el protagonismo se lo llevaba ella. El color que más resaltaba era el blanco del vestido, como si un foco de luz lo iluminase de pleno. La mano derecha sujetaba coqueta el sombrero.

No se atisbaba ni un rasgo del rostro, pero nadie podría dudar de su belleza.

—Lo quiero. —David interrumpió su embelesamiento al mirar a Eduardo de frente—. Tiene que ponerme en contacto con el artista, por favor. Se adivina mucho talento en esta obra. —Hacía aspavientos a la vez que señalaba la imagen una y otra vez.

Eduardo no pudo más que reír, extrañado por tanto interés.

—Está bien, está bien. En ese caso se lo diré. —Lo calmó agarrándolo por los hombros—. Aquí tiene al autor. Yo pinté el cuadro, señor Forner.

Eduardo no pudo evitar sonreír al recordar aquella rocambolesca historia. A pesar de la tensa conversación se sentía de buen humor. Aquella exposición iba a ser muy importante para su carrera.

BRUNO REPASABA LAS notas en su escritorio mientras escuchaba de fondo una emisora de música elegida al azar desde el portátil. Nunca le había gustado la burocracia que se veía obligado a tramitar después de cualquier suceso, pero al menos podría disfrutar un par de horas de la soledad del despacho.

Al final, todo se había complicado. Contaba con poder ir a casa a la hora de comer y rendirse a la deliciosa tentación de una pequeña siesta a solas, ya que Diana había decidido pasar la jornada con la niña en la casa junto a la playa que sus padres habían adquirido en Mogro tras la jubilación de su suegro. Pero después de todo lo sucedido comprendió que tendría que relegar ese placer hasta la hora de acostarse. Sin embargo, no se creía capaz de aguantar. Necesitaba una buena cura de sueño.

Emma Berger aún no había aparecido. Al llegar al puerto, y tras una breve conversación con técnicos del SECRIM, Max lo había llamado para informar de que la joven tampoco se encontraba en su domicilio, y le había relatado el estado de nervios en el que se encontraba la madre ante la falta de noticias. Ante esa nueva información, Bruno había activado el operativo para organizar la búsqueda de la joven y había instalado un puesto de mando avanzado, en el que participaban también agentes de la Policía Local y de Protección Civil, en el entorno del acantilado donde había aparecido el coche. También

preguntaron en los hospitales más cercanos: Sierrallana, Valdecilla y Laredo, pero en ninguno de ellos habían atendido a una paciente con ese nombre o características.

Los miembros del operativo rastreaban zonas próximas al acantilado y la búsqueda se ampliaría a áreas más extensas, con perros si las labores iniciales resultaban infructuosas. También habían acordado la búsqueda por mar con una embarcación que serviría de complemento al helicóptero, por lo que Bruno sospechaba que pronto volvería a tener noticias de Goyo. Las primeras horas eran decisivas en ese tipo de casos y el engranaje tenía que ponerse en marcha lo antes posible con todos los medios de los que disponían.

Los técnicos se desplazaron enseguida hasta el lugar en el que habían encontrado el coche. Uno de ellos, el más joven y atlético, se ocupaba del interior del vehículo; tomaba huellas antes de introducir en bolsas transparentes los pocos objetos personales que iba encontrando. Bruno pudo distinguir desde detrás del cordón policial una pequeña agenda, un neceser de rayas y un pequeño ramillete de flores azuladas unidas por el tallo con un lazo blanco.

El helicóptero de Salvamento Marítimo sobrevolaba la línea de la costa y atronaba con sus aspas cada vez que se acercaba al lugar donde se encontraba el puesto de mando. Dada la ausencia de noticias sobre el paradero de Emma y la chaqueta hallada con restos de sangre, Bruno se mentalizó de que quizá estuviesen lidiando con un caso de suicidio, pero hasta el momento no disponían de más datos, así que todas las líneas de investigación quedaban abiertas.

Había ordenado que se tomasen muestras a algún familiar para comparar la sangre y, a pesar de su carácter realista, aún albergaba la esperanza de que apareciese de un momento a otro sana y salva. Bruno sabía que la joven tenía unos treinta años y que residía en Comillas desde la adolescencia. Todo el mundo la conocía por ser trabajadora del ayuntamiento y por tener un carácter afable.

La madre de Emma enviudó cuando ella era una niña y desde entonces veraneaban cada año en la villa. Se enamoraron de aquel pueblecito costero tan acogedor y se esforzaron por aprender el idioma desde el primer momento.

El móvil comenzó a sonar y Bruno dio un pequeño respingo en la silla, que crujió peligrosamente.

—Hola. —Había dudado en descolgar y ahora ya era demasiado tarde.

—Hola. Te he llamado esta mañana un par de veces, pero imagino que habrás estado bastante liado. —La voz sonaba lejana entre zumbidos estáticos.

—Sí, demasiado trabajo, la verdad. Pero ya hablaremos, ahora no tengo mucho tiempo. ¿Cómo ha ido el congreso?

Cada vez que Raquel aparecía en escena no podía evitar sentirse como un repugnante gusano.

—¡Genial! Solo espero que el año que viene no vuelva a celebrarse en Sevilla en pleno agosto, ¡ya no sé qué más quitarme! —La visión del cuerpo desnudo de Raquel lo hizo estremecerse. Aquella mujer le provocaba una corriente eléctrica por todo el cuerpo desde el mismo día en que se habían conocido—. Precisamente, por eso te llamaba. ¿Vendrás a buscarme al aeropuerto? Si estás demasiado ocupado puedo pedirle a...

—Sí, no te preocupes, Raquel. Estaré allí. Recuérdame la hora, por favor. Hoy no tengo la cabeza en su sitio.

Al otro lado se hizo un silencio que Bruno interpretó como si ella contuviese la respiración.

—El avión llegará sobre las nueve —dijo más alegre que al principio, ya que Bruno era más reacio que ella a dejarse ver en sitios públicos—. ¿Por qué no cenamos en Santander? En El Sardinero han abierto un sitio nuevo que me gustaría conocer. ¿Podrás escaparte?

—Alguna excusa buscaré, tranquila. Allí estaré y haremos lo que tú quieras.

Sabía que sus actos eran deplorables, lo sabía. Aun así, no podía acabar con aquello. Cada vez que se imaginaba la vida sin Raquel se le hacía todo cuesta arriba. Pero ¿cómo sentir tanto por una mujer a la que solo conocía desde hacía tres meses?

—Estoy deseando verte. Te he echado tanto de menos este fin de semana... —Raquel dejó la frase inconclusa mientras suspiraba a cientos de kilómetros, desde Sevilla—. Te veo esta noche, entonces. No llegues tarde, por favor.

Bruno se dispuso a colgar antes de que ella se despidiese, consciente de lo que venía a continuación: dos palabras que le quemaban los oídos como si de fuego se tratase.

—Bruno... Te quiero.

Dejó el móvil sobre el escritorio y lo miró como si no supiera para qué servía aquel aparato. Se sentía sucio jugando a aquel juego adúltero en el que él mismo había impuesto las reglas, y que se veía incapaz de terminar. Después de peinarse con los dedos, se irguió en la silla para tratar de poner un poco de orden en su cabeza. Desde luego que el lunes no era su día preferido, pero ese había empezado con un cóctel de sucesos nada desdeñosos.

Miró la foto atrapada en un sencillo marco que descansaba en la esquina derecha del escritorio. Diana sonreía con la pequeña Sofía en el regazo y Bruno se obligó a retirar la mirada por miedo a que pudieran descubrir su mentira, como si a través de aquella estampa fueran capaces de reconocer al verdadero Bruno. El Bruno infiel, el Bruno que rechazaba, avergonzado, mirar a los ojos a su propia hija.

Oyó unos golpecitos en la puerta y esta se abrió a continuación. Se preguntaba por qué demonios el género humano adoptaba aquella costumbre de llamar si pensaba entrar de todos modos sin esperar respuesta.

—Jefe, ¿has comido ya? —Elsa Posadas apareció con una bolsa de plástico en una mano y un refresco en la otra—. Aquí tienes, comida del Cantábrico. Recién hecha. Max y yo comeremos en la sala de reuniones.

—Gracias, justo a tiempo. ¿Qué tal os ha ido con el curso al que asistía Emma en Suances? ¿Habéis podido averiguar algo? —preguntó justo cuando Elsa dejaba las bolsas en la mesa. Bruno percibió un agradable aroma que le hizo rugir el estómago.

—Sí, en el ayuntamiento nos dieron los datos del curso. Actualmente solo se está impartiendo uno de esas características en una de las salas del propio edificio y nos han entregado los nombres de los asistentes, entre los que se encuentra Emma. En total son siete alumnos y nos hemos puesto en contacto con todos ellos. Nos han confirmado que Emma asistió el pasado sábado. Tomó una caña con ellos sobre las tres de la tarde, como es habitual cuando acaba la clase, pero no tienen una relación personal con ella, tan solo cordial, así que nadie sabe qué hizo después —explicó Elsa de forma fluida—. Tengo también esto. Nos la ha entregado una de las amigas de Hannah.

La joven sacó la libreta del bolsillo y atrapó con dos dedos una pequeña fotografía tamaño carné. Se la entregó a Bruno y se sentó frente a él mientras pasaba varias hojas hasta encontrar lo que buscaba.

—Perfecto, la necesitaba para el informe.

Era reconfortante que su equipo fuese tan eficaz. Todo había sucedido demasiado rápido y el protocolo de una desaparición requería de varios requisitos a la hora de redactar el informe. Estaba orgulloso de que las personas que tenía a su mando respondieran con celeridad.

—Hemos podido recabar también más información acerca de la indumentaria que llevaba cuando fue vista por última vez. Su madre no fue capaz de decirnos nada debido a su estado, solo que nunca solía salir de casa sin una cazadora, aunque no recordaba si la que llevaba el pasado sábado era vaquera, como la que hemos encontrado, o de otro tipo —relató Elsa mientras leía las notas—. Sin embargo, sus compañeros de clase nos han confirmado que vestía una falda blanca y una camiseta roja. Ninguno de ellos vio esa cazadora, es probable que la dejara en el coche o que no la llevara debido al calor que ha hecho durante toda la semana.

—Bien —murmuró Bruno mientras tecleaba para añadir la información—, nos reuniremos un poco más tarde para poner todos los datos en común y trasladarlos al puesto de mando. He dejado a Primi allí y me gustaría regresar lo antes posible. No podemos perder ni un segundo.

—Entendido, hablaré con Max. Buen provecho, jefe. —Elsa se alejó rápido y desapareció tras la puerta.

Bruno despejó el escritorio dispuesto a zambullirse por un rato en el feliz mundo de la comida.

MAX REBUSCABA EN el bolsillo tratando de encontrar el móvil mientras hacía malabarismos para que no se le cayese la hamburguesa que sostenía con la mano libre. Elsa lo observaba divertida enarcando las cejas a la vez que miraba atenta la mano llena de grasa con la que pensaba descolgar. Ante un rápido gesto de ella, Max se limpió con una servilleta de papel y apuró el bocado, casi atragantándose.

—¡Olivia! —Le asomó una expresión de pura estupefacción al rostro—. ¡Qué alegría escucharte! —La hamburguesa, finalmente, se desplomó por el peso de los ingredientes—. ¿Cómo? ¿Dónde te quedas? ¿Estás en casa de los tíos?

Soltó la comida y, mientras sujetaba el móvil entre la oreja y el hombro, se limpió las dos manos. La grasa resbalaba por los dedos ante el asqueado gesto de Elsa, que se limitaba a comer en silencio la ensalada templada que habían encargado en El Cantábrico, el restaurante de los tíos de Max. Hacían una comida casera exquisita, de ahí la larga trayectoria del local en Comillas. Era el más célebre de la comarca y lo regentaban desde hacía más de veinte años. Según lo que Max le había relatado, jamás habían faltado los clientes; incluso en pleno invierno, cuando los veraneantes desaparecían, contaban con fieles comensales.

Max seguía parlotteando a medida que Elsa se terminaba la ensalada. Estaba perdida en sus cavilaciones, en lo desagradable que había resultado ser testigo del dolor de una madre, y no se dio cuenta de que su compañero le chasqueaba los dedos frente a la cara.

—¡Perdona! Estaba distraída. Era tu hermana, ¿no? —formuló mientras volvía en sí—. Espero que no tardes en presentármela.

—Pues estás de suerte. Está aquí, en el pueblo. —Elsa reparó en que las pecas de la cara se le habían acentuado un poco—. Se ha instalado en nuestra antigua casa.

—Pero no estará en condiciones para entrar a vivir, ¿no? —Le hizo un gesto señalando la comisura de la boca para que se limpiase varios restos de migas.

—Perdón. —Max se los quitó con la mano—. La casa está un tanto abandonada, pero no conoces a mi hermana. Cuando algo se le mete en la cabeza no hay manera de que cambie de opinión. —Sonreía como si fuera un rasgo divertido en ella, no algo molesto.

—Imagino que no querrá molestarte a ti o a tus tíos mientras se queda unos días de vacaciones. No es justo estar a cuerpo de rey mientras tus familiares trabajan en pleno agosto. —Lo sabía por experiencia. Era la parte mala de haberse criado en la costa valenciana, en una casa junto al mar—. Es muy considerada. Además, déjala disfrutar de lo poco que queda del verano.

—Ahí está el problema... —Max hizo una mueca que Elsa no supo interpretar.

—No te sigo —dijo ella abriendo un tarro con cuajada recién hecha.

—No ha venido de vacaciones. Se va a instalar por una larga temporada. Me ha explicado a grandes rasgos que necesita un cambio de aires.

—¿No trabaja en Madrid como periodista? ¿Ha pedido una excedencia?

—Lo ha dejado definitivamente. El trabajo, me refiero. No tengo ni idea de por qué lo ha hecho. —Elsa notó que, a pesar de todo, Max no se mostraba del todo asombrado.

—¿Y no te ha dado más explicaciones?

—No, solo que quiere cenar conmigo esta noche y explicármelo todo. Aún no ha llamado a mis tíos, así que imagínate la sorpresa que se van a llevar. —Max se levantó, acercó la papelera y tiró los restos de su comida.

—Espero que no haya ocurrido nada preocupante.

—¿Te he contado alguna vez que somos mellizos?

—¿En serio? No, nunca lo habías mencionado.

Ahora Elsa empezaba a entender mejor su relación. Había leído que los mellizos y los gemelos poseían una conexión única, hasta el punto de percibir si el otro estaba en peligro. Desde luego que conocía esa relación tan especial que se creaba entre hermanos y lo que uno estaba dispuesto a hacer por el otro.

—Ni te lo imaginas. —Elsa notó cierta melancolía en su voz. Intentó interrumpirlo, pero parecía feliz recordando viejos tiempos y lo dejó continuar—. No había secretos entre nosotros. Muchas veces pensé que al hacernos adultos esa complicidad desaparecería, pero afortunadamente nada ha cambiado. Sigue siendo mi mejor amiga.

—Imagino que lo pasarías mal cuando se marchó a estudiar a Madrid, ¿no? —Decidió indagar un poco más en la vida de su compañero.

—Sí, sobre todo por la situación de mis padres... No entendieron que tomara esa decisión justo cuando mi madre acababa de caer enferma... —Se detuvo pensativo.